

Dentro de poco haré algo que no debería hacer y la persona que ahora soy dejará de existir. Y no es que mi muerte esté próxima, pues, a pesar de mi avanzada edad, todavía gozo de buena salud; se trata de algo distinto, algo que no puede expresarse de forma sencilla. Para entenderlo -si es que resulta posible entenderlo-, es necesario conocer toda la historia. Por eso, aunque durante muchísimos años la he guardado en secreto, ahora voy a contarla.

Los hechos que me dispongo a relatar son, al mismo tiempo, una explicación y una advertencia. La explicación intentará justificar el porqué de mi extraño estado, la razón de mi aparente locura. En cuanto a la advertencia, servirá, espero, para alertar a quien me encuentre acerca del libro que hallará junto a mí. Ese libro, el libro que he ocultado celosamente durante tantos años, es la razón última que se esconde detrás de esta historia.

En el fondo, la advertencia podría resumirse en una sola frase: no mires ese libro, mantente alejado de él, pues es lo más asombroso y terrible que jamás ha existido sobre la faz de la Tierra.

Cierra lo ojos, ni se te ocurra mirarlo, pues podría arrebatarte la cordura.

Precisamente por eso, yo lo voy a mirar.

Hace muchos años, más de los que puedo enumerar sin sentirme abrumado por la fatiga del tiempo, mi mentor, don Lázaro Aguirre de Salazar y Mendoza, me contó una historia acaecida en las lejanas tierras de Oriente.

En China, durante la época feudal, y probablemente todavía ahora, las mujeres se hallaban enteramente sometidas al yugo de los hombres. No podían intervenir en la vida pública, y su papel en el hogar se limitaba a la crianza de los hijos, el cumplimiento de las labores domésticas y la obediencia ciega a los dictados del esposo. Carecían de potestad para poseer tierras, para emprender negocios o para viajar sin permiso; pero, sobre todo, les estaba vedado expresar sus pensamientos, pues si estos no eran del agrado del marido, el castigo podía ser extremadamente severo. Por ello, hace más de mil años, las mujeres del cantón de Shangjiangxu inventaron un sistema para burlar la tiranía de los varones: el *nushu*, una caligrafía secreta que les permitía comunicarse libremente sin miedo a la intromisión de los hombres, pues estos no sabían leerla.

El *nushu*, o caligrafía de mujeres, constaba de dos mil caracteres y, al parecer, se tardaba casi dos lustros en dominar su práctica; no obstante, pese a la dificultad que entrañaba tan complicada escritura secreta, las madres se la transmitían a sus hijas como un bien extremadamente valioso, pues su conocimiento devolvía a la mujer la voz que el hombre le había robado. Por lo general, la caligrafía *nushu* se utilizaba para transmitir enseñanzas y consejos, sobre todo matrimoniales, como el modo adecuado de tratar a la suegra, la forma de satisfacer al cónyuge en el tálamo o las artimañas para ocultar un galanteo prohibido. Pero también era frecuentemente usada con el objeto de expresar los pensamientos más íntimos, desde la pena por la ausencia de una amiga hasta la decepción de la madre que tuvo una hija cuando su marido esperaba un hijo.

-Una caligrafía creada para el consuelo -decía don Lázaro-. ¿No te parece extraordinario, Diego? Esas mujeres hablaban y pensaban en chino, no inventaron un idioma nuevo, ni usaron códigos cifrados para ocultarse de la indiscreción de los hombres, pues los idiomas pueden traducirse y los códigos descifrarse. No, nada de eso; lo que hicieron fue elaborar una caligrafía tan compleja que su dominio requería años de adiestramiento. ¿Y qué hombre iba a molestarse en invertir tanto

tiempo y esfuerzo para aprender algo que, según su mentalidad, no era más que una tontería femenina? Sí, amigo mío, esas mujeres eran sabias; comprendían que trazar letras es dibujar el sonido de la voz humana, y que si disfrazas el dibujo, disfrazas la voz. La forma es el fondo, Diego; no lo olvides.

*La forma es el fondo...* De tener algún lema, ese habría sido el suyo. Me lo repitió tantas veces que aún ahora puedo evocar con nitidez el grave sonido de su voz pronunciando esas cinco palabras con la cadencia de un metrónomo.

Don Lázaro Aguirre, mi maestro, patrón y finalmente amigo, amaba la forma por encima de todo. Para él, la esencia de una rosa no residía en su perfume, sino en la curva de sus pétalos, el trazo del tallo o las aristas de las espinas, y un cuerpo humano, aun el de la mujer más bella, era según su punto de vista tan solo una serie de proporciones geométricas regidas por las leyes de Fibonacci. Aunque a primera vista pueda resultar sorprendente, la obsesión de mi mentor por la apariencia de las cosas nada tenía de extraño, pues se trataba de una mera deformación profesional. Don Lázaro era calígrafo, su trabajo consistía en dar forma a las palabras, convertir los sonidos en rectas y curvas sobre el papel, reproducir los matices de la voz humana mediante signos de interrogación, admiraciones o puntos suspensivos.

Mas sería un error confundir el trabajo de mi maestro con la labor del escribano, cuya artesanía se limita a trasladar al papel, con fidelidad pero sin auténtico afán estético, las palabras vertidas por la voz. Lejos de ello, don Lázaro era capaz de transformar el más vulgar de los textos en una obra de arte colmada de armonía y belleza, razón por la cual sus servicios eran frecuentemente requeridos para redactar documentos de gran importancia, tales como títulos de nobleza, decretos reales o árboles genealógicos.

Aunque, siendo fieles a la verdad, sus conocimientos e intereses excedían con mucho el ámbito de la caligrafía, pues también dominaba temas tan diversos como la historia, la anatomía, el arte o la ingeniería. Era, además, un gran bibliófilo, un más que notable violonchelista y un devoto de la razón cuyos trabajos en el campo del álgebra y la astronomía eran tenidos en muy alta estima en los círculos ilustrados y científicos. Pero sobre todo, don Lázaro era el hombre más inteligente y sabio que he conocido, una luz en las tinieblas de un mundo sumido en la superstición, la incultura y la violencia.

A él le debo todo cuanto sé y todo cuanto soy. A su lado viví experiencias extraordinarias, desde viajes al lejano Oriente hasta ascensiones en aerostato, travesías por el océano o expediciones en pos de antigüedades egipcias; pero nada de ello puede compararse a la insólita aventura en la que nos vimos envueltos durante el verano de 1789, cuando una sangrienta serie de asesinatos estremeció a una ciudad, París, que muy pronto iba a ver sus calles anegadas de sangre y sacudidas por una revolución que cambiaría el mundo para siempre.

La indagación que mi mentor emprendió para intentar resolver el misterio de aquellos horribles crímenes acabó conduciendo a un antiguo secreto que habría de poner nuestras vidas en serio peligro. Mas no solo fue nuestra existencia lo que peligró, sino también la cordura, pues aunque yo apenas llegué a atisbar una ínfima fracción de ese secreto, la experiencia produjo en mí una herida que todavía hoy, tanto tiempo después, sigue abierta.

Así pues, en resumen, tal es la historia que ahora me dispongo a poner por escrito. Siguiendo las enseñanzas de mi maestro, tomo una barra de tinta china, la aplico contra un cuenco de piedra porosa en el que previamente he vertido un poco de

agua destilada, y la froto hasta que el líquido adquiere la negrura justa. Es la mejor tinta que he podido encontrar: procede de Shangai y ha sido elaborada con carbón de cedro finamente molido.

Supongo que para redactar este texto debería haber escogido una pluma de ganso, ya que tal era la herramienta de escritura preferida por don Lázaro, pues, como solía decir, las plumas de ave ayudan a que las palabras vuelen; pero he pasado muchos años de mi vida preparando plumas y seguir haciéndolo ahora se me antoja una labor en exceso tediosa. Así que empuño una pluma metálica y la aproximo al tintero; sin embargo, antes de sumergirla en la tinta, la dejo suspendida en el aire.

¿Qué tipo de letra voy a emplear? Me sorprende no haberlo pensado antes; aunque, bien mirado, solo hay una alternativa posible: escritura itálica, la favorita de mi mentor, pues, como él acostumbraba a decir, se trata de una elegante caligrafía que conserva sus proporciones por muy rápido que se escriba.

Itálica, pues. Mojo la plumilla en tinta, sacudo una gota sobrante con un leve movimiento de muñeca, trazo sobre el papel la primera letra, una gran E cabezal, y la adorno con una floritura rematada por cuatro puntos en rombo. Más adelante - me digo- añadiré toques de rojo mediante un pincel de marta. Vuelvo a introducir la pluma en el tintero y prosigo con la escritura.

Todo comenzó en Madrid, a comienzos del verano de 1789, casi un año después de la muerte de su majestad don Carlos III y transcurridos seis meses desde la coronación de su hijo, el cuarto de los Carlos, cuando un correo procedente de Francia se presentó en el taller de caligrafía con una carta urgente dirigida a don Lázaro Aguirre de Salazar y Mendoza...